



Andrea Camilleri

Km 123



DESTINO

Km

123

Andrea
Camilleri

Traducción de
Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1486

Título original: *KM 123*

© Mondadori Libri S.p.A., Milano, 2019

© por la traducción del italiano, Juan Carlos Gentile Vitale, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-233-5666-9

Depósito legal: B. 25.637-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Mensajes recibidos

Ester: No entiendo xqué tu móvil está apagado desde ayer por la tarde.

Es absolutamente necesario que hablemos.

Lláname.

Ester: Te lo ruego, te lo ruego, te lo ruego. ¿Dónde te has metido?

¿Xqué no me llamas?

Ester: No consigo entender tu silencio, estoy muy preocupada.

Pienso en lo peor.

Ester: ¿Qué sucede?
¿Xqué me haces sufrir así?

Es muy importante
que hablemos.

Ester: No me obligues
a telefonear a tu mujer
para tener noticias.

¡Lláname! Estoy muy mal.

—Señora, me llamo Giacomo. Soy el enfermero encargado de esta habitación. Quería decirle algo.

—Dígame.

—Dado que la hospitalización de su marido no será breve, le aconsejo que se lleve a casa sus efectos personales.

—El traje, considerando su estado, lo pueden tirar. Y también los zapatos.

—Está bien. Pero no me refería sólo a eso.

—¿Qué quiere decir?

—Señora, en el bolsillo tenía la cartera, el móvil, las llaves...

—Ah, sí.

—Si ahora tiene la bondad de seguirme, se los daré.

—Disculpe, ¿no puede traérmelos aquí?

—Tiene que firmar el recibo. También hay que hacer el control.

—¿Qué control?

—Señora, es el procedimiento habitual. Su marido llevaba la cartera en el bolsillo, ¿no? Dentro había una suma considerable, tres mil euros, si no recuerdo mal, y dos tarjetas de crédito, una de débito, una chequera, el carnet de conducir... En el momento de la aceptación se toma nota de todo, para que luego no surjan impugnaciones a la entrega... ¿Me explico?

—Sí. Lo entiendo.

—¿Diga?

—¿Casa de los Davoli?

—Sí. ¿Quién habla?

—¿Es la señora Giuditta Davoli?

—Sí. Pero ¿con quién hablo?

—Soy Ester Russo. Nos conocemos, ¿lo recuerda?

—Yo no...

—El mes pasado, en casa de Anna de Robertis, por aquella reunión de beneficencia...

—Ah, sí, lo recuerdo. ¿Cómo está?

—Bien. ¿Y usted?

—Bastante bien. Dígame.

—En realidad, yo quería hablar con su marido.

—¿Con Giulio?

—Sí.

—Deme a mí el mensaje, se lo haré llegar.

—Señora, soy abogada, quizá no se lo dije cuando nos conocimos. Estoy... ¿cómo decirlo?, debo atenerme al secreto profesional.

—Entiendo.

—¿Su marido no está en casa?

—No.

—¿Sólo tiene un móvil?

—Sí.

—No tiene otro.

—Que yo sepa no.

—Porque lo he llamado y no responde.

—No puede responder.

—¿Por qué?

—¿No lo sabe?

—¿Qué?

—¡Salió incluso en Il Messaggero!

—Pero ¿el qué?

—Giulio tuvo un horrible accidente de tráfico.

—¡Dios mío! ¿Y ahora cómo está?

—No es grave. Ha sufrido un traumatismo craneal, tiene la mandíbula fracturada y tres costillas rotas. No está en condiciones de hablar.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío...

—No sabía que era tan amiga de Giulio.

—No..., es que... tenemos excelentes relaciones... profesionales..., pero una noticia tan repentina..., comprenderá...

—Lo comprendo.

—Señora, ¿podría decirme dónde lo han ingresado?

—¿Para qué?

—Tengo que verlo..., tenemos un trabajo pendiente muy importante...

—*Por ahora los médicos le han prohibido las visitas. Temen que surjan complicaciones a causa de la herida en la cabeza... Por eso le he dicho que me lo dijera a mí, yo puedo entrar a verle cuando quiera. Si es algo importante...*

—*Importantísimo.*

—*Entonces...*

—*De acuerdo, señora, hagamos lo siguiente. Dígame que en cuanto pueda se ponga en contacto conmigo, por cualquier medio.*

—*Perdone, ¿cómo ha dicho que se llama usted?*

—*Ester Russo.*

—*Se lo diré.*

—*Gracias, señora. Es usted muy amable.*

—*¿Está segura de que yo no puedo ayudarla?*

—*Lo estoy.*

Il Messaggero

Grave accidente de tráfico

Ayer, poco después de la medianoche, un Panda, conducido por el conocido empresario de la construcción Giulio Davoli, fue arrollado mientras recorría la via Aurelia hacia Roma, a la altura del kilómetro 123, por otro coche que circulaba a gran velocidad.

El coche que lo embistió prosiguió su loca carrera, mientras que Davoli perdió el control de su vehículo y se precipitó por un barranco. Con la ayuda del conductor de otro automóvil que pasaba

por esa vía, lo trasladaron al hospital, donde el empresario fue ingresado con pronóstico reservado. Nos parece oportuno mencionar el nombre de la persona que lo rescató, el señor Anselmo Corradini, de Roma. En tiempos de despreciables piratas de la carretera o de gente que pasa de largo ante situaciones de grave dificultad, él se detuvo para prestarle auxilio y, viendo que la ambulancia se retrasaba, no dudó en cargar al herido en su coche y llevarlo personalmente al hospital.

—¿Diga?

—¿El señor Anselmo Corradini?

—Soy yo.

—¿Usted es el que rescató...?

—¡Y dale! ¡Es la cuarta llamada! ¿Cómo podéis tener tanto tiempo libre para tocarme los cojones?

—Perdone, sólo quisiera saber si es usted o no.

—No soy yo. ¡Ni siquiera tengo coche!

—¿Diga?

—¿El señor Anselmo Corradini?

—Sí.

—Perdone, ¿es usted quien la otra noche rescató a un automovilista que...?

—Sí, soy yo. ¿Usted es periodista?

—Sí, del Giornale Radio.

—¿Me quiere hacer una entrevista?

—Sí, si fuera tan amable...

—No hay problema. ¿Cuándo quiere venir?

—En realidad, no es necesario que nos veamos. Se la puedo hacer por teléfono. Incluso ahora si le va bien.

—De acuerdo. Pero primero quisiera tomar un vaso de agua. Estoy un poco emocionado.

—Adelante.

—Aquí estoy.

—Perdone, señor Corradini, me preguntan del Departamento de Dirección si puede decirnos el nombre del hospital donde llevó al señor Davoli. Así mandarían a un equipo para hacerle una entrevista también a él. Sería bueno para el artículo.

—Lo he llevado al American Hospital.

—Gracias. Cuénteme.

—Pues yo venía de Grosseto, con mi mujer y mi hijo, Nicola, que tiene seis años y está en primaria. Habíamos ido a ver a la hermana de mi mujer, que no se encontraba bien. Y llovía. Nadie ha escrito que llovía a mares, y que había escasa visibilidad... ¿Me sigue, señorita? ¿Sí? ¿Hola? Maldita sea, se debe de haber cortado.

—Perdone, ¿el señor Giulio Davoli?

—Espere, voy a mirarlo. Habitación doscientos diez. Pero no se admiten visitas.

—¿Qué significa eso?

—Significa exactamente que no se admiten visitas.

—¡Pero soy su prima!

—Le diría lo mismo si fuera su hermana.

—¡Pero Giuditta entra cuando quiere!

—¿Y quién es Giuditta?

—¡Su mujer!

—La señora tiene un permiso especial.

—¡Pero debo verlo de inmediato!

—No puede hacer nada. Ése es el procedimiento. Buenos días.

—¡Dios mío! ¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago?

—Oiga, no monte una escena, por favor. Y sobre todo no se ponga a llorar aquí.

—Señora...

—¿Sí?

—Cálmese. He oído lo que le ha dicho sor Matilde. Ésa es una cabrona. Si quiere...

—Perdone, ¿quién es usted?

—Me llamo Giacomo. Soy enfermero. El señor Davoli es mi paciente.

—¿Podría ayudarme a hablar con él?

—No. Sería demasiado peligroso. Y además no puede hablar debido a la fractura de su mandíbula. Aunque puede escribir, eso sí. Pero si quiere que yo le diga algo...

—¡Ojalá! Dígale que Ester tiene la imperiosa necesidad de ponerse en contacto con él lo antes posible. ¿Me hace este favor? Le escribo mi número de teléfono.

—Claro.

—¡Dios mío, parece increíble! ¡No sé cómo agradecerse! Tenga, esto es para usted.

—Gracias. Y esté tranquila.

De: estergigante@hotmail.com
Para: mariadestefani@hotmail.com
Asunto: Un abrazo
Fecha: 10 de enero de 2008

Querida Maria:

Prefiero escribirte en vez de telefonearte. Por teléfono me emocionaría demasiado y, en cambio, necesito reordenar las ideas, porque me han ocurrido muchas cosas. Nunca como en estos días me había pesado tanto tu ausencia. Se trata de hechos que me han conmovido y que me hacen prever lo peor. Si estuvieras aquí, podrías aconsejarme y, sobre todo, ofrecerme ese consuelo que solamente tú eres capaz de darme. Como sabes, veo a Giulio tres veces a la semana, por la tarde, en el pequeño apartamento de Borgo Pio que ha alquilado para que podamos encontrarnos con total tranquilidad.

El coche lo aparco siempre en el callejón paralelo. Las llaves se las dejo a un frutero muy amable, que se llama Carlo y está medio enamorado de mí, para que lo aparte si es necesario. Pues bien, hace un mes Carlo me contó un hecho curioso que tuvo lugar poco después de que yo hubiera aparcado el coche. Mientras atendía a un cliente, se dio cuenta de que alguien fotografiaba con un móvil la matrícula del automóvil. Creyendo que se trataba de un agente de tráfico, se asomó fuera de la tienda para decirle que pensaba que estaba bien aparcado.

Pero aquel desconocido, sin decir palabra, se alejó a toda velocidad.

En efecto, Carlo me había explicado que, gracias a un golpe de suerte, había conseguido aparcar el coche en el sitio de otro que se acababa de ir. Por tanto, no había ningún motivo para poner una multa o una amonestación. El hombre iba de paisano, bastante bien vestido. Cuando le expliqué lo sucedido a Giulio, se quedó preocupado. Y me preguntó si estaba segura de que Stefano no sospechaba nada. Según él, no podíamos descartar que mi marido hubiera contratado a alguien para que me siguiera. Ahora bien, tú conoces a Stefano. Es un hombre reservado, a veces un poquito sombrío, pero absolutamente incapaz de engañarme. Todo lo que piensa lo dice abiertamente, y a veces con poca delicadeza.

Si hubiera tenido la más mínima sospecha sobre

mí y Giulio, no habría dudado en decírmelo a la cara.

Las cosas estaban así cuando, hace algunos días, fui a limpiar un poco el apartamento, aprovechando que Giulio estaba fuera de Roma. Aprovecho para limpiar cuando estoy sola, porque si él está presente, acabo haciendo cualquier cosa menos la limpieza.

En cualquier caso, a la salida...

¡Dios mío! Cuando lo pienso, me tiemblan las piernas y me siento empapada de sudor.

Al salir del portal había un coche aparcado justo enfrente. Resultaba imposible no verlo.

Lo reconocí de inmediato: ¡era el coche de Stefano, mi marido!

Estuve a punto de salir corriendo, pero, no sé cómo, conseguí controlarme y observarlo mejor. Era imposible leer la matrícula, el automóvil estaba encajado entre dos coches.

Tuve el valor de acercarme. Reconocí el parasol de detrás de la luna trasera.

Miré a mi alrededor. Stefano no estaba en las inmediaciones. A menos que se escondiera en un portal...

¿Te imaginas en qué estado de ánimo me quedé esperando a que regresara para la cena?!

En cambio, él actuaba como de costumbre.

Estaba a punto de tranquilizarme cuando, a la hora del postre, me soltó esta frase: «¿Hoy por la tarde estabas en Borgo Pio?».

Me quedé helada. El esfuerzo para mantenerme bajo control fue terrible.

«¿Yo? ¿En Borgo Pio?», pregunté fingiendo estar muy asombrada.

Y luego añadí: «¿Por qué me lo preguntas?».

Y él respondió, sin dar ninguna importancia al asunto: «Me pareció verte».

Y después de una pausa: «Me habré equivocado».

Y ya no abrió más la boca.

Nos fuimos a la cama.

Y quiso hacer el amor.

Ahora bien, tú lo sabes, porque ya te lo he confiado, que él tiene su calendario, y que lo cumple de manera escrupulosa y tediosa: a comienzos y finales de mes. Ese encuentro a destiempo me sorprendió y me preocupó.

Y después me inquieté aún más.

Stefano fue muy violento y colérico. En seis años de matrimonio nunca lo había visto así.

¿Por qué?

Naturalmente, al día siguiente llamé a Giulio para contárselo, preguntarle cómo debería comportarme y decirle que quizá deberíamos suspender durante algunos días nuestros encuentros en Borgo Pio.

Sin embargo, no respondió a mis llamadas.

Desesperada, me decidí a telefonar a su mujer.

Así he sabido que tuvo un accidente de tráfico y

que se encuentra ingresado en el hospital. No puede hablar, tiene la mandíbula fracturada.

Y yo estoy aquí sin saber qué hacer, confundida y asustada.

Un fuerte abrazo,

Ester

P. D.: He pensado en ir mañana por la tarde a Borgo Pio. Estaré una hora sin hacer nada y después me marcharé. Quiero ver si alguien me sigue o si me encuentro el coche de Stefano aparcado de nuevo en las inmediaciones.